

# Detrás de un mito Kaína, gusto y espíritu de la época

Alí E. Rondón

*«Lo que son los hombres entre las demás criaturas de la tierra, eso mismo son los artistas entre los hombres... Son brahmanes de una casta distinta, pero no lo son de nacimiento; lo que los ennoblece es una acción libre sobre sí mismos»*

Friedrich Schlegel

Hay telenovelas que inducen a una actitud crítica bastante económica, lo suficientemente lapidaria como para ser resumida en un par de oraciones. Tal ha sido mi caso con **Kaína** de la cual bastaría decir: «He aquí en 165 capítulos

la historia sentimentaloidé de Maniña Yari-chana, princesa yanomami de nuestra selva amazónica y a quien la luna le concediera el don de la eterna juventud después de extraerle el corazón de su hija recién nacida. Su obsesivo amor por el chalanero Ricardo León, el blanco de los ojos de fuego la llevará al abierto enfrentamiento con Catalina Miranda, la bella doctora de San Ignacio del Cocuy, allá al sur

del Orinoco». Punto. El problema está en que de telenovelas como **Kaína** uno cree que hablará mucho. Lo entusiasman a uno al punto de sentirnos agradecidos por la generosidad del autor pues nos permite ejercer el derecho a interpretarlas en crónicas periodísticas. El problema está, repito, en que cuando nos asomamos discretamente a la trama ideada por César Miguel Rondón, **Kaína**, se vuelve fábula dulzona contaminada de inautenticidad y truculencia.

No nos proponemos aquí exhumar la lista de situaciones copiadas de Bertolucci, pero la mezcla absurda y sin sentido (hablo de resultados, no de intenciones) tan notoria

en la tesis sustentada por **Kaína** es algo por lo que sí podríamos tildar de irresponsables a sus productores Sin el preludio de imágenes contenidas en los primeros diez capítulos quizá no habríamos sentido tanto el baño de agua helada que resultara la telenovela después del capítulo 11. Pese a cierta ingenuidad desagradable al hacernos creer que de pequeña Maniña fue alimentada con leche de jaguar, es tristemente patético ver a Tacupai tan humilde, pisa pasito y feliz de servirle a **Kaína** como fiel lacayo. La barrabasada se hace imperdonable (o injustificable) puesto que según los principios que dirigen la conducta de los yanomami, en dicha tribu no existe la noción del yo; todo es comunitario, léase nosotros. ¿Cómo admitir entonces que el personaje encarnado por José Torres quede reducido al vulgar papel de Toro en *El Llanero Solitario*? ¿No pensó César Miguel Rondón en esforzarse un poquito más para que el aborigen en cuestión alcanzara mal que bien mayor redondez caracterológica? Reconocida, además, la torpeza e incapacidad de Maniña en cuanto mujer-madre para llevar a costas la crianza de la hija, ordena sacrificarla. Tacupai cumplirá el terrible encargo y a cambio Maniña no envejecerá jamás. Vivirá arrastrada por el recuerdo con

resentimientos hacia el blanco que traicionara su amor. De reacciones iracundas pasará a amenazas de muerte para todo aquel que no se pliegue a sus deseos. Poco a poco se convierte en bruja poderosa del bajo Amazonas. Femenina, torrencial, expresiva, apasionada, intensa, comandará su legión de mineros. Aun así ignora que Tacupai no tuvo valor para asesinar a la niña y en su lugar le trajo sólo un corazón de chiguire. El paisaje de los tepuyes, la selva, las grandes caídas de agua y uno que otro 'plano-secuencia' transmiten a los protagonistas enorme tonalidad expresiva. Lamentablemente esto es sólo el empaque.

¿Dónde se nos cae **Kaína** entonces? ¿En la fallida correlación entre recursos técnicos y defectos del libreto? La telenovela **descuella** en el aspecto técnico, pero sólo en las dos primeras semanas de transmisión, pues hasta allí había material grabado en la jungla venezolana. De allí en adelante ocurrió lo de siempre; lo vergonzosamente familiar en nuestra TV. Incapaces de mantenerse leales al



DOSSIER

proyecto del que tanto se jactaran los ejecutivos de Venevisión, alguien ordenó reubicar al elenco en la represa de la Pereza (Estado Miranda) e iniciar las grabaciones de estudio en Los Caobos. Repentinamente los mercaderes del espíritu cayeron en cuenta de los 14 millones invertidos en algo que aún no se vendía en el exterior. O sea, ellos mismos dudaban del producto. ¿Astucias de la razón hegeliana que hace que la historia camine por los vericuetos menos pensados? No lo sé. Lo que sí sé es que hasta la maestría del veterano libretista y la originalidad de su propuesta quedaron lesionadas cuando un profesor de la Universidad Central de Venezuela lo acusó públicamente de plagiar su sinopsis para una telenovela titulada **Amerika**. ¿Falta de ilusiones e imaginación? Tampoco lo sé. Lo que sí me consta es que como telenovela **Kaína** ha sido fastidiosa, lenta, previsible, con un libreto a medias, y frío a la hora de conmover al espectador por el cartón piedra de los decorados y la aburrida participación de Viviana Gibelli y Jean Carlo Simancas. Menos mal que Eva Moreno, Julio Alcázar, Fedra López, Alberto Marín, Elisa Escámez y Juan Manuel Montesinos se portaron como verdaderos actores, como gente compenetrada con su trabajo. Fueron



una garantía, sin duda, pero fuera de eso, nada más.

El lego suele concebir el proceso sociológico de la formación del gusto como integración estética. Concluimos entonces que **Kaína** dominó ampliamente en el interior del país y tuvo altísima sintonía en los cerros caraqueños por su cuento del mestizaje, de la fe horadada tras cinco siglos de perances históricos desde aquel 12 de octubre de 1492 y de cómo el amor

salva a los sobrevivientes del egoísmo, el odio y la envidia. Pero obviamente las caderas y los senos de Hilda Abrahamz inclinaron la balanza a favor de **Kaína**. ¿Será la época? ¿Será por eso que mientras el espectador venezolano quedaba medio hipnotizado ante lo que la prensa de farándula llamó «guerra de pantaletas, en Colombia suspendieron su transmisión acusándola de vulgar y pornográfica? ¿Será que **Kaína** fue concebida en ese esquema genético de autosubestimación que degenera en conformismo y/o escepticismo porque así queremos que nos vea el resto del mundo?

## De cómo la televisión se planteó ser menos estúpida

**José Ignacio Cabrujas**

Esta tarde hubo caras largas en el canal 2. Regresaba la Alta Gerencia, a eso de las cinco, de una tortuosa reunión en el Palacio de Miraflores y en mi cubículo se asomó Manolo Muñoz Rico el autor de «La Tirana», restablecido de su estrés. Cumpliendo una promesa me había traído desde Buenos Aires tres Iatitas de salchichas Swift cuidadosamente empaquetadas y un drama social de Oswaldo Dragún denominado María de Buenos Aires o Juana de Buenos Aires Yo había concluido el capítulo «Perdidas en la Pirámide» donde un malvado de bonete acosaba a Las Trillizas de Oro en Kheops al punto de enviarles al hotel una canasta contentiva de frutas pero que en realidad albergaba una cobra venenosa y me entretenía pensando cómo podría trucar el utilero Rey cualquier crótalo local, digamos una tragavenados cachorra, hasta convertirla en «Naja nigricollis» egipcia.

—¿Qué tal -me dijo a modo de pregunta- una poderosa adaptación llanera de «Bodas de Sangre» de Federico García Lorca en 150 horas?

La posibilidad me tomó de sorpresa.

—No es un argumento extenso -le respondí-. El asunto se reduce a La Novia, El Novio, La Madre del Novio y El Amante de la Novia. La Novia se casa con El Novio y durante la boda, El Amante rapta a La Novia llevándosela a un bosque donde hablan con La Luna. Instigado por La Madre, El Novio los persigue y los dos hombres se acuchillan, 45 minutos a lo sumo.

—La música podría ser de Juan Vicente Torrealba y el tema Concierto en la Llanura, que es un clásico, Títulos sobre la pampa árida.

—Sobre el llano árido Arbustos. Garzas. Tierra cuarteada. Diez segundos sin sonido hasta encuadrar a ras del suelo una polvorienta calavera de vaca. La cámara se vuelve hacia el sol, ¿me vas siguiendo? La cámara se vuelve hacia el sol deslumbrante, enceguecedor, jodido, y surge el arpa de Torrealba Chiquichichiquin. Chiqui-chichiquin, Chiquichichiquín. tum, tum, tum... Chiquichichiquín, chiqui-chiqui, Chiquichichiquín y en ese momento la voz de Pantoja, ¿me vas siguiendo? que dice: Radio Caracas Televisión presenta con orgullo «Bodas de Sangre», de Don Federico García Lorca. Sube música sobre el desarrollo, chacachachancha, chacachachancha, chacachachancha, chacacachancha... tirin, tin, tirin, tin, tirin, tin...

—¿Pero qué sucedería antes de la boda?, insistí tratando de abarcar ciento cincuenta horas de lunes a viernes.

— Antes y después -contestó inspirado-. Antes, ella cree que La Madre es su madre, cuando en realidad sabemos a través de una criada que ella es hija de Roraima Mayer, una

DOSSIER